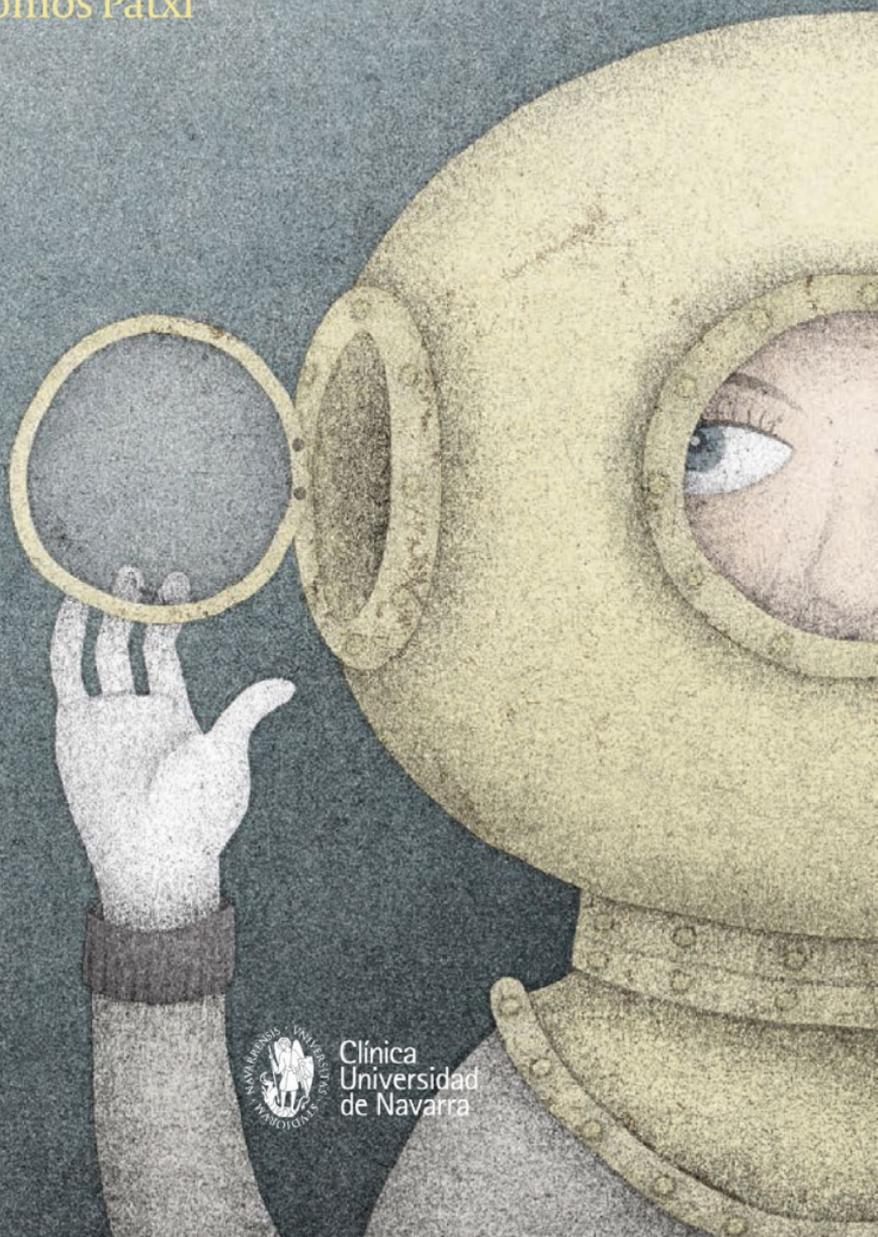


Fernando Aramburu
Somos Patxi



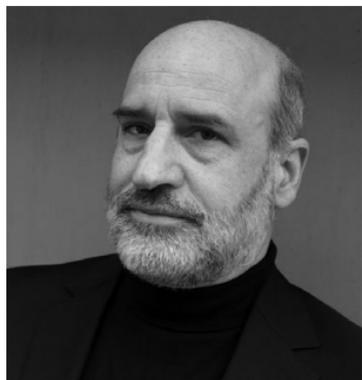
Clínica
Universidad
de Navarra

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada por los editores viola derechos reservados y está totalmente prohibida. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

© 2013 Fernando Aramburu

© de la presente edición:
Clínica Universidad de Navarra.
Avenida Pío XII, 36
31008 Pamplona, Navarra, España.
www.cun.es

Ilustración de cubierta: Diego Fermín.
Dep. Legal: NA 1906/2013
EDICIÓN NO VENAL



El Autor

Fernando Aramburu (San Sebastián, 1959) se licenció en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza y desde 1985 reside en Alemania.

Es autor de tres libros de relatos: *No ser no duele* (1997), *Los peces de la amargura* (2006) y *El vigilante del fiordo* (2011), y de siete novelas: *Fuegos con limón* (1996), *Los ojos vacíos* (2000), *El trompetista del Utopía* (2003), *Bami sin sombra* (2005), *Viaje con Clara por Alemania* (2010), *Años lentos* (2012) y *La gran Marivián* (2013).

Ha ganado, entre otros, los premios Ramón Gómez de la Serna, Euskadi, Mario Vargas LlosaNH, Dulce Chacón, Real Academia Española y Tusquets de Novela.

FERNANDO ARAMBURU

Somos Patxi



Clínica Universidad de Navarra

Índice

Somos Patxi	6
Historia clínica	53
Sobre la colección	55
Colección Historias de la Clínica	56

Somos Patxi

ESTA es la historia de Patxi Vicuña. Antes de conocerlo he tenido ocasión de conversar sobre él y, especialmente, sobre su caso clínico con algunos médicos y fisioterapeutas que lo atienden. Todos coinciden en describirlo como un hombre inusual. Unos y otros, por separado, resaltan su inteligencia; también otras propiedades que pudiéramos llamar perfeccionismo y afán de lucha. Me hago a la idea de que dentro de un rato me van a presentar a un hombre de carácter; un hombre que asume (no le queda otro remedio) sus actuales limitaciones físicas, pero que está decidido a superarlas hasta donde sea posible y tal vez un poco más allá de lo posible. Un tozudo, pues, en el buen sentido de la palabra.

Bajo a media tarde de un caluroso día de septiembre de 2013, con mis acompañantes, en un ascensor de la Clínica Universidad de Navarra hasta la planta donde se albergan las salas de fisioterapia, en cuyo pasillo ya está esperando Patxi su sesión habitual de rehabilitación. La fisio, como él la llama, según averiguaré más tarde. Le comunican que ha llegado el escritor que se encargará de poner por escrito su historia y le preguntan si le parece bien que se lo presenten. Da su visto bueno y yo entro en el pasillo.

Tiempo atrás, el director de Comunicación de la Clínica, Jesús Zorrilla, preguntó a Patxi quién deseaba él que redactara su caso. Patxi escribió de broma en su iPad: Miguel Delibes. Jesús le hizo saber que Delibes hace tiempo que no vive, por lo que es improbable que pueda llevar a cabo la tarea. Patxi escribió a continuación el nombre de otro escritor, también fallecido. A lo cual Jesús, que no atina a recordar el nombre de dicho escritor, le respondió que la Clínica hace todo lo posible por curar a los pacientes, pero que todavía no ha encontrado la manera

de resucitar a los muertos. El tercer nombre fue el mío.

Me recibe un hombre sonriente, sentado en una silla de ruedas. No está solo. A su lado se encuentra Víctor, un moldavo grande, fornido, parco en palabras, que lo lleva y lo trae, lo sienta y lo levanta, y con quien a menudo Patxi descarga su impaciencia. Al llegar ante Patxi, digo mi nombre. Él hace un gesto de asentimiento, al tiempo que me ofrece su mano derecha, dotada de movilidad. Es la mano que usa para todo. La izquierda permanece inmóvil sobre uno de sus muslos, apretada como consecuencia de la espasticidad.

En esos momentos, a Patxi le falta mes y medio para cumplir 48 años. Tiene el pelo negro y tupido, entreverado de alguna que otra cana; unos ojos pequeños y vivos, y una sonrisa que le achina alegremente la expresión. No habla. De vez en cuando, con esfuerzo, logra fonar alguna palabra comprensible.

A su lado se ha producido una aglomeración de batas blancas, todas de fisioterapeutas

jóvenes que le hablan en tono jovial y elogian sus logros de los últimos días. Patxi señala con un gesto de la mano que no termina de creer lo que le dicen. No le gusta, según me revelará más tarde, que lo traten como a un enfermo. En el grupo también está la doctora Milagros Casado, bajo cuya responsabilidad se encuentra la dirección del Servicio de Rehabilitación de la Clínica. La doctora establece asimismo con el paciente una comunicación cordial. Patxi Vicuña entiende todo, dispone de una memoria intacta, aprovecha cualquier oportunidad para ejercer el buen humor, capta con rapidez los estímulos externos y es capaz de llevar la contraria a sus interlocutores; pero está impedido de usar los órganos del habla. Dicha incapacidad es una de sus grandes cruces y, a la vez, uno de sus mayores retos.

Posee, no obstante, un iPad, con ayuda de cuyo teclado se comunica. Al instante noto su propensión al perfeccionismo. Si comete un error, tacha lo escrito y redacta las palabras correctamente. Muestra una clara tendencia a las

bromas y los tonos campechanos incluso cuando habla de sus problemas personales o de su infortunio físico.

En esto, levanta una especie de protector de plástico que cubre la pantalla de su iPad. Descubro que en la sesión anterior ha estado entretenido rellenando un crucigrama. Se pone a escribir una frase dirigida a alguno de los circunstancias. Pronto caigo en la cuenta de que la frase es para mí. Nunca antes nos hemos visto, pero él sabe de mis libros, de mi oficio de escritor y de mi residencia en Alemania. Desde mi posición, a un metro de distancia, veo sorprendido que escribe con el índice de la mano derecha la palabra ich (“yo”, en alemán). Me acerco a preguntarle si habla la lengua alemana. A Patxi se le alegra la cara y responde que lo habla sehr gut (muy bien). Si ha estado en Alemania, le pregunto. Junta las yemas de la mano derecha para señalar que muchas veces. Lo que alcanza a expresar con gestos y ademanes no lo escribe. A continuación teclea una frase larga. Con ella me anuncia que mañana conoceré a un cliente de

su empresa, alemán originario de Frankenthal. Le cuento que vivo en Hannóver. Y escribe, de nuevo en alemán, que Hannóver es estupendo. Los semblantes de cuantos nos rodean traslucen sorpresa.

Sucede a continuación una escena que muestra una faceta enternecedora de Patxi Vicuña. Ha llegado Alejandro, un niño de 11 años, compañero de rehabilitación, con quien Patxi ha establecido una estrecha relación de afecto. Alejandro padece un retraso psicomotor producido por un citomegalovirus. Es delgado, alto para su edad, y lleva gafas. Llega acompañado de su madre. Parece cohibido y no es extraño, pues se sabe rodeado de miradas. Al ver a Patxi se le abre en la cara una sonrisa de oreja a oreja. No se ven desde antes de las vacaciones de verano. Alejandro se acerca a la silla de ruedas. Presencio entonces un abrazo lento, correspondido por Patxi con el único brazo que tiene disponible. El niño, inclinado hacia delante para ponerse a la altura de su amigo, permanece inmóvil mientras Patxi le acaricia una oreja, le

da palmaditas en la nuca y, por último, le pasa suavemente la mano por la espalda. Una fisioterapeuta pregunta al niño si siente cosquillas. El niño ríe. Después ayuda a empujar la silla de ruedas en dirección a la sala de rehabilitación. Allí Patxi es tumbado en una camilla, donde realiza con ayuda de la fisioterapeuta diversos movimientos de sus extremidades inferiores. A Alejandro, amarrado a una camilla colocada en posición vertical, la doctora Casado le pregunta si quiere a Patxi.

—Sí.

—¿Mucho?

—Sí.

—Pero ¿mucho, mucho?

—Sí—y el niño añade—: A ti, no.

Veo un gesto jovial en todos los presentes, reproducido por Patxi a su manera en la camilla cercana.

PATXI Vicuña es codirector con su hermano Marce de una empresa situada en La Barranca, a media hora en coche de Pamplona. El trabajo con metales les viene a los dos hermanos por tradición familiar. Su abuelo Marcelino Vicuña abrió a finales de los años cincuenta del siglo pasado una chatarrería en la localidad guipuzcoana de Cizúrquil, luego regentada por José Antonio Vicuña, el padre de Patxi, ahora jubilado. La empresa de los hijos se dedica a la fundición de acero moldeado, sobre todo inoxidable. No tienen producción fija, sino que atienden a encargos y pedidos, gran parte de ellos procedentes del extranjero, lo que les ha permitido hasta la fecha capear con razonable holgura la crisis económica que azota a España en la actualidad.

Y en La Barranca empieza la parte de la historia de Patxi Vicuña que cambiará su vida bruscamente. Es el día 8 de octubre del año 2010, un

viernes. De atardecida, Patxi da por acabada su jornada laboral y resuelve dirigirse a su casa de Zuasti, a poca distancia de Pamplona. Va solo en su automóvil. Toma como de costumbre la autovía de Leizarán (A-15) y, estando en plena conducción, siente de pronto que se le paraliza el cuerpo. Nunca antes le ha ocurrido nada semejante. En el apuro, logra detener el coche, que queda parado en plena carretera. Su repentino mal no le ha dejado tiempo de aparcar el vehículo en el arcén. No siente dolor. Nota, eso sí, que es incapaz de mover una de sus piernas. Todo lo que piensa en ese dramático y extraño instante se concentra en una frase que se dice a sí mismo repetidamente: “¡Qué mala suerte!” ¿Qué hacer? Recuerda que su vecina Susana acostumbra regresar a su casa desde San Sebastián a esas horas. Patxi dispone de movilidad en los brazos y puede hablar. Con que marca sin demora en el teléfono móvil el número correspondiente y, por suerte, Susana atiende la llamada. Patxi le cuenta lo que le ha ocurrido, le dice dónde se encuentra y le pide ayuda urgen-

te. Susana actúa con rapidez. Al cabo de un rato, una ambulancia venida del mismo Lecumberri traslada a Patxi a la unidad de ictus del Hospital de Navarra, en Pamplona. Allí lo desnudaron cortándole la ropa con unas tijeras. Su hermano Marce recuerda que no se expresaba con normalidad, que hablaba con defecto.

Este primer episodio de ictus no revela a primera vista especial gravedad. El paciente permanece por si acaso durante todo el fin de semana en observación. El lunes 11 de noviembre, pasado el susto, le comunican que recibirá el alta al día siguiente, de tal manera que Patxi ya se prepara para reincorporarse el martes a su trabajo y volver a hacer vida normal. No podrá ser. En la tarde-noche del referido lunes, estando hospitalizado, Patxi Vicuña sufre de buenas a primeras un ictus que se le manifiesta en la forma de un dolor agudo por todo el cuerpo. Él, con ayuda del iPad, no duda en calificarlo de dolor insoportable. La situación es crítica. Patxi Vicuña es trasladado a la UVI. Se teme seriamente por su vida.

ACUDO a una cita con el doctor Manuel Murie, que es el director de la Unidad de Neurorehabilitación de la Clínica Universidad de Navarra. El doctor me está aguardando en su despacho. Sin mayores dilaciones entramos en materia. Yo desearía saber con cierto pormenor, le digo, la clase de ictus que padeció Patxi Vicuña y, de paso, informarme de detalles relativos al tratamiento seguido con el paciente y a su evolución, tanto la real como la esperada de allí en adelante.

El doctor Murie me explica que Patxi sufrió un Síndrome de Cautiverio debido a una oclusión de la arteria basilar. Dicha arteria es responsable del riego sanguíneo de una de las zonas más críticas del sistema nervioso central. De ella depende una zona en la que convergen las vías que descienden hacia la médula espinal, de manera que un trastorno en dicha zona puede privar por completo de movilidad al

cuerpo. El paciente conserva el conocimiento. Lo oye todo, lo entiende todo, pero no está en condiciones de exteriorizar reacción alguna. Ha quedado por así decir atrapado en un cuerpo inerte, como si estuviera dentro de una armadura medieval. De ahí el nombre de Síndrome de Cautiverio. Tan sólo los ojos, que pueden moverse de un lado a otro y de abajo arriba, y las pestañas están libres de inmovilidad.

Patxi Vicuña es ingresado en la UCI del Hospital de Navarra con un cuadro severo que precisa de traqueotomía, respirador y otros cuidados requeridos por la paralización de los músculos. El paciente no puede respirar ni hablar ni alimentarse. Su vida depende por completo de la ayuda externa.

Le pregunto al doctor Murie si ha habido en la familia Vicuña otros casos conocidos de ictus. Me responde que no. ¿Algún factor de riesgo? ¿El tabaco tal vez? Me entero de que Patxi fumaba por lo menos un paquete de cigarrillos al día. En aquel mes de noviembre de 2010, un hermano de Patxi (hoy ayudante de entrenador

de un equipo de fútbol polaco y, en tiempos, entrenador del propio doctor Murie) solicita a este que acuda al Hospital de Navarra a valorar el estado del paciente. La certeza de que se trata de un Síndrome de Cautiverio permite establecer una comunicación elemental con Patxi, quien, moviendo los ojos, está en condiciones de responder sí o no a las preguntas que se le formulan. De momento se ha decidido dar tiempo a su cerebro dañado para que se recupere poco a poco. Dada la edad relativamente joven del paciente y con la conformidad de los hermanos de Patxi y de su entonces esposa, se toma la decisión de ir a por todas, esto es, de poner en práctica un tratamiento neurorrehabilitador particularmente intensivo.

A dicho fin, Patxi es trasladado al Instituto Guttmann de Badalona. El doctor Murie sigue desde Pamplona el proceso de rehabilitación, ya que la familia de Patxi le muestra los informes regularmente y él mantiene conversaciones con su médico responsable de allí. Trascurridos ocho meses, Patxi regresa a Pamplona con el ob-

jeto de continuar la rehabilitación en la Clínica Universidad de Navarra. Ya antes de su traslado al Guttmann, era capaz de comunicarse con ayuda de pictogramas. Esta sencilla técnica consiste en formar mensajes señalando con la yema de un dedo las letras de un abecedario, lo cual resulta posible gracias a que el paciente ha ido recuperando movilidad.

La evidencia de su mejoría induce a Patxi a preguntar al médico hasta qué punto conseguirá reponerse. Otro día, en la pantalla de su iPad, me revelará que a Manu, como él llama en confianza al doctor Murie, “ya le dije que ni él ni nadie me pondrían límites”. Lo cierto es que el neurólogo no puede darle una respuesta concreta, ni en el sentido de elevar su esperanza a extremos de euforia ni en el de truncársela con noticias descorazonadoras. Le dice, eso sí, que la única vía para mejorar es la rehabilitación. Y Patxi, que ya en el Guttmann asumió el papel de consolar y dar ánimos a compañeros de infortunio con dolencias menos graves que la suya, se muestra decidido a agarrarse con todas sus

fuerzas a la tabla de salvación que le ofrecen. “Yo me voy a dejar la vida en recuperarme”, le dijo a su manera al doctor Murie.

A su salida del Instituto Guttmann, Patxi Vicuña ha fortalecido la musculatura del tronco lo suficiente como para poder sentarse en una silla de ruedas. Ha ganado un poco de movilidad en la mano derecha. Come por una gastrostomía y sigue siendo dependiente para casi todas las actividades básicas de la vida diaria. Se consigue continuar con el tratamiento en forma ambulatoria. Y mientras se hacen obras en su vivienda para adaptarla a sus nuevas condiciones de vida, Patxi se instala en casa de un hermano. Pronto contratará a una chica para que lo asista y a Víctor, un moldavo lo suficientemente fornido como para cargar con él, sentarlo en el coche o colocarlo en la silla de ruedas.

A la hora de rehabilitar, el neurólogo, la rehabilitadora y el equipo de fisioterapia de la Clínica deciden tratar la espasticidad de Patxi. Se marcan así mismo como objetivos principales lograr que el paciente se ponga de pie, dé algu-

nos pasos y coma por la boca. El pie izquierdo, al tenerlo en equino, no lo puede apoyar, por lo que surge la idea de someterlo a una corrección quirúrgica consistente en un corte de los tendones. Incluso sugieren la colocación de una férula metálica, pero Patxi, confiado en su tenacidad, se niega en redondo.

Y lo cierto es que impelido por su voluntad de hierro, al cabo de un tiempo consigue levantarse, caminar unos pasos, comer por su cuenta. No tardará en usar el iPad para comunicarse. Y poco a poco hace progresos en la fonación. La mejoría paulatina lleva al doctor Murie a aconsejarle que continúe la rehabilitación en forma domiciliaria y reduzca su intensidad. Antes que eso, Patxi, que paga de su peculio sesiones particulares de fisioterapia, preferiría buscar ayuda en otro sitio, pues está dispuesto a “seguir a tope” con la rehabilitación. Y puesto que el doctor Murie no le puede poner coto a su evolución, él decide continuar a toda costa con el tratamiento. En mi plática privada con el neurólogo, éste no descarta que

Patxi, en el mejor de los casos, podría hacer algún día, aunque con limitaciones, vida independiente.

AYER apenas hubo ocasión de conocernos. Para hoy está previsto que pasemos el día juntos. Hemos convenido en visitar lo primero de todo su lugar de trabajo en La Barranca. Además de abrirme una claraboya a su mundo laboral y familiar, Patxi Vicuña me revelará con ayuda del iPad aquellos por menores de su vida privada necesarios para escribir esta historia.

Viajo a Arbizu con un sinfín de preguntas y con cierto temor a que el iPad de Patxi se bloquee, se quede sin provisión eléctrica o se caiga al suelo y se rompa, en cuyo caso yo me vería privado de conocer el núcleo esencial de esta historia. La mañana es azul. Hace una temperatura agradable, tirando a calurosa. Todos hemos llegado puntuales a la cita. Sólo falta que el iPad de Patxi no falle. Lo digo con adelanto, no falló.

Víctor detiene el coche delante de la puerta principal de la nave industrial. Lo veo levantar en volandas a Patxi y depositarlo con

cuidado en la silla de ruedas. No es poco bulto, por cierto. Una antigua fotografía, que me será mostrada por la tarde, me permitirá comprobar que Patxi Vicuña, hace algo más de tres años, cuando gozaba de salud, era notablemente más delgado.

El fornido Víctor pulsa el botón del interfono. Se oye una voz femenina: “¿Quién es?” Acto seguido, Víctor, que no se maneja del todo bien en la lengua española, acerca su cara carnosa al aparato instalado junto a la puerta y responde: “Somos Patxi”.

Veamos cómo se me da esto de ser Patxi, digo para mí en el momento de subir las escaleras que conducen al primer piso, donde está la oficina con la recepción y los distintos departamentos y despachos, y donde en breve conoceré al padre de Patxi, a su hermano Marce, a algunos empleados e incluso al cliente alemán de Frankenthal que me fue mencionado de víspera.

Nos acomodamos en un pequeño recinto con paredes acristaladas. Sobre la mesa, un recipiente de café, un azucarero, un cacillo de

leche y un plato con galletas. Yo me siento de modo que pueda mirar con facilidad la pantalla del iPad. Abro mi cuaderno de anotaciones, dispuesto a transcribir como un colegial que copiara en un examen hasta la última letra escrita por Patxi. Hay algo que me gusta de él desde el primer instante: su propensión al humor. Humor que aplica a cuantos lo rodean, pero también a sí mismo.

 Escribe que nació en Tolosa un día del mes de noviembre de 1965. Añade a continuación que llevaron a su madre a dar a luz a la villa guipuzcoana porque los médicos eran amigos de su padre. José Antonio (Josean), su padre, confirma desde el otro lado de la mesa. Patxi es el tercero de cuatro hermanos. Se denomina a sí mismo “el bobo que cuidaba del menor”. En la actualidad, sus padres están separados.

 Los tres hermanos de Patxi aparecen constantemente en sus evocaciones. La mayor, Ana, vive en Chile. Patxi me ruega encarecidamente que no me olvide de ella cuando escriba esta historia. A mi vuelta a Alemania, me envía un

mensaje por correo electrónico para insistir en el asunto. Escribe: “Se me olvidó decirte lo que me ayudó mi hermana Ana hasta que se fue a Chile el pasado mes de junio. Dejó su trabajo y estuvo conmigo desde el primer día, pegándose con los médicos, siempre conmigo, alegre y exigente. Se partió los cuernos para modificar mi casa y hacerlo a tiempo. Me visitaba frecuentemente hasta que se fue a Chile. Fue como mi madre, mejor”.

La relación de Patxi con su hermano Marce es cercana e intensa. El afecto fraternal que los une se expresa a menudo a la manera vasconavarra: este cabrón, ese bicho, el borrego de mi hermano, etc. Los dos levantaron la empresa a partir del negocio paterno, ocupando cada uno su esfera de responsabilidad y mando.

Patxi ha sido siempre un denodado cultivador de la puntualidad, el orden, la palabra dada. ¿Su cometido en la empresa? Hacer de todo, desde atender a los clientes extranjeros hasta estudiar la viabilidad de los proyectos. Algo me dice al oído que está exagerando. ¿Hacer de todo?, le

pregunto con risueña suspicacia. Y añado: “Supongo que no barrías los suelos”. Me contesta que también, con una sacudida afirmativa de la cabeza. Y se ríe. Tras el ictus, Marce hubo de introducir la inevitable reestructuración, asumir nuevas competencias y repartir otras.

Se nota en Patxi, cuando habla del hermano más joven, José Antonio, apodado Kibu, un punto protector, incluso paternal, que quizá le venga de la infancia, de los tiempos en que, con o sin ganas, debía cuidar de él. No oculta el orgullo que le produce saberlo entrenador segundo del Legia Varsovia, a las órdenes de una vieja gloria local, el exjugador osasunista Jan Urban. No tengo duda de que los cuatro hermanos forman una piña cuyo centro vinculador más fuerte en estos momentos probablemente sea Patxi a causa de su quebranto físico. Entre ellos, cuando uno está en apuros, se le echa una mano.

Se entiende que para atender a las relaciones internacionales de la empresa resulta de todo punto indispensable el conocimien-

to de lenguas. Que Patxi conoce el alemán lo comprobé ayer. En total, se maneja en seis idiomas: los dos maternos (español y euskera); el alemán, como queda dicho, el inglés, el francés y el italiano. Aprendió todos ellos sin pisar una universidad, a fuerza de tesón, perspicacia y curiosidad por el aprendizaje. En punto a idiomas mantiene una especie de sana rivalidad con Marce. Ellos lo expresan a su manera: “Este cabrito me gana en inglés, yo le supero en francés”. Le cuento a Patxi que el dominio del alemán me ha exigido largos años. Me replica pulsando con rapidez las teclas del iPad: “El alemán es muy fácil si sabes euskera. Es la misma estructura. Date cuenta que nacemos sabiendo dos idiomas y somos fronterizos, y dar clases es igual, lo que importa es que cualquiera se ilusione con lo que le pasa, que no piense, ah ya, este es así porque tiene estos estudios o habla idiomas y yo que soy un *pelao* no puedo más que aceptar lo que me pasa y resignarme. Eso nunca. Todos tienen que saber que nadie, ni los médicos, saben de lo mío”.

Me quedo mirándolo unos segundos, como tratando de leer en el fondo de sus ojos. Por fin le digo: “Eres un luchador, ¿verdad?” Asiente. De nuevo pulsa las teclas de su iPad. Leo en la pantalla: “Si preguntas al *aitá* luego, te dirá que soy un cabrón”.

ENTIENDO que hay un antes y un después del ictus, pero también hay un durante sobre el cual sólo existe un hombre capaz de transmitirme un testimonio de primera mano, el propio Patxi. Hasta ahora sólo he podido entrevistarme con especialistas que lo han atendido como paciente. Con la mejor de las voluntades me han dado su particular concepto de la persona, formado en el curso de numerosas horas de trato y convivencia; pero lo que recibo en todos los casos es por fuerza una imagen externa, fruto de la observación, del diálogo o de noticias que les hayan podido llegar. Lo que yo busco ahora es la experiencia directa del ictus padecido por Patxi. Y para ello no queda más remedio que introducirse en la conciencia de Patxi, ser Patxi durante aquellas horas dramáticas en que la oclusión arterial lo arrastró al borde del abismo. ¿Cómo se vive eso? ¿Qué se piensa, qué se siente en tales ocasiones?

Aquel primer ictus de Patxi, ocurrido cuando él regresaba en coche del trabajo a casa por la autovía de Leizarán, fue, según todos los indicios, un precedente del otro, mucho más grave, que le habría de sobrevenir pocos días después. Su esperanza, confirmada por el personal médico, de reanudar en breve sus hábitos cotidianos se trunca de golpe. A una acometida de dolor sucede la paralización completa del cuerpo. En aquel instante, Patxi se hallaba acostado en una cama del Hospital de Navarra. Es como si de pronto se hubiera convertido en una estatua que escucha, piensa y entiende, pero sólo puede mover los ojos. Se apodera de él una viva sensación de angustia. Quiere hablar, gritar, pedir ayuda, y no puede. Quiere levantarse, escapar, mover siquiera una mano, y está como prisionero dentro de un cuerpo inerte. Convencido de que morirá de un momento a otro, Patxi Vicuña piensa en sus hijos.

“¿Qué percibías?”, le pregunto. Él escribe con dedo laborioso en el iPad: “Todo, oigo a los médicos todas las tonterías y yo no podía responder”.

La idea de que Patxi podría fallecer en cualquier momento cobra fuerza entre sus familiares. Algunos de los que acompañan a Patxi en aquellas horas críticas están tan seguros de su fallecimiento inminente que mandan aviso al tanatorio para que hagan los preparativos necesarios. Con propósito sin duda jocosos, Patxi cuenta que estuvo una noche entera despierto por si acaso venían a llevárselo.

Recibe mientras tanto la visita de un sacerdote de Santo Domingo de la Calzada, venido ex profeso para poner al supuesto moribundo a buenas con Dios. Le pregunto: “¿Eres religioso?” Me responde: “Cero”. A continuación me hace partícipe de una confidencia. La escenificación de aquella especie de despedida para siempre obró en él el efecto de un acicate. Y así, postrado en la cama, incapaz siquiera de respirar por sí mismo, tomó la firme decisión de vivir. “¿De vivir por narices?”, le pregunto. Responde mediante un gesto serio de asentimiento.

UNA vez que el doctor Murie me ha proporcionado las oportunas explicaciones médicas, me entrevisto con la doctora Milagros Casado, directora del Servicio de Rehabilitación de la Clínica Universidad de Navarra, y con Sandra Iturralde, que fue la primera fisioterapeuta que se ocupó de Patxi Vicuña. Les pregunto por la primera impresión que les causó el paciente. Sandra Iturralde recuerda bien aquel momento. Declara que lo que más llamó su atención entonces, en la sala de espera del gimnasio, fueron unos pictogramas que trajo Patxi, indicio seguro de que el paciente venía con un daño severo.

Patxi usaba para expresarse un tablero de comunicación en el cual estaba representado un abecedario. Las letras son de tamaño grande a fin de que el usuario pueda saltar de una a otra sin dificultad con el dedo. El tablero incluye así mismo datos relevantes referidos a

primeras necesidades: quiero ir al servicio, tengo hambre, sí, no, siento dolor, la hora que es, etc. Incluye también la representación de un cuerpo humano, de tal modo que el paciente pueda señalar una zona corporal determinada sobre la que desee llamar la atención. Patxi llegó bastante nervioso a su primera sesión de rehabilitación en la Clínica Universidad de Navarra. Presentaba un tono elevado de espasticidad. Corre por entonces el verano de 2011. La fisioterapeuta hace todo lo posible para que el paciente se relaje, pone por obra estiramientos musculares encaminados a reducir la rigidez, le pregunta si siente dolor. Él reconoce su alteración nerviosa, si bien la achaca a problemas personales. Patxi Vicuña está por aquellos días en trámites de separación matrimonial.

Tanto la fisioterapeuta como la doctora Casado resaltan el alto grado de expresividad facial del paciente. A menudo adivinan en las distintas conformaciones gestuales de Patxi si le va bien, si le va mal, si está tranquilo, contento o, por el contrario, abatido y nervioso, estados

emocionales que, más allá de la lesión neurológica, influyen sin duda en el proceso rehabilitador por cuanto inducen al paciente a mostrarse mejor o peor dispuesto a los ejercicios de movilidad. Quienes han tratado a Patxi lo reputan de hombre sonriente y agradecido, lo que no quita para que de vez en cuando, según palabras de Sandra Iturralde, acuda a la Clínica abrumado por su estado emocional.

Patxi recibe al principio sesiones diarias de fisioterapia de una hora de duración. Se empieza con ejercicios dirigidos a reducir la hipertonía, sobre todo de su mano y brazo izquierdos; a continuación, se trabaja con las extremidades inferiores, todo ello conforme a un programa de ejercicios denominado movilización global. Se le administran infiltraciones de toxina botulínica para relajar los músculos y poder movilizarlos mejor y con menos dolor. El ictus afectó a las cuatro extremidades del paciente (tetraparesia), pero han sido las del lado izquierdo aquellas en las que la recuperación ha sido menor, en tanto que las del lado derecho

fueron recuperando lentamente su funcionalidad. La afección de las extremidades izquierdas comporta déficit de fuerza, hipertoniá muscular o espasticidad y, como consecuencia de ello, retracciones y deformidades.

La fisioterapeuta actúa con movilizaciones globales encaminadas, por un lado, a obtener las mejores condiciones tróficas musculares (y evitar, por tanto, que progrese la atrofia por falta de movimiento) y, por otro, a mantener una alineación lo más aceptable posible de los miembros afectados. Aun cuando el brazo izquierdo de Patxi carezca de funcionalidad, se ha procurado en lo posible impedir que se deforme. Así, aunque la extremidad no se recupere al cien por cien, al menos tendrá una movilidad que impida posibles heridas o ulceraciones en las manos, al par que facilitará a los cuidadores la tarea de lavar a Patxi, vestirlo, desvestirlo, etc.

A primeros de 2012, al llegar al gimnasio, Patxi comunica a la fisioterapeuta una novedad positiva. Nota que el brazo izquierdo, en el que

hasta entonces había tenido hormigueo y déficit de sensibilidad, se le está despertando. Incluso es capaz de hacer con dicho brazo ligeros movimientos voluntarios, no funcionales. A modo de demostración, consigue separar un poco los dedos de la mano izquierda. Se decide a continuación incluir en su tratamiento diario una hora de terapia ocupacional enfocada también hacia la recuperación motora del brazo más afectado. Se trata de ocupar dicho brazo en actividades susceptibles de cumplir una función o, dicho de otro modo, de integrar el referido brazo en las actividades diarias del paciente, dando algún sentido al movimiento por leve que este sea. Las posibilidades son múltiples: apoyarse, lograr pequeños impulsos, hacerle más fácil la higiene y otras acciones por el estilo.

La doctora Casado confirma que Patxi ha ido experimentando una progresión lenta, muy lenta en el tiempo, de mejoría. Al paciente le convendría continuar de por vida sus ejercicios de movimiento. Podrá (y de hecho ya

puede) levantarse, andar unos pasos apoyado en un bastón o dos, pero en todo momento con una persona a su lado para observación o ayuda y en trayectos cortos. La doctora descarta que Patxi Vicuña llegue a ser alguna vez completamente autónomo en sus movimientos. Puede, sí, serlo en otros sentidos; en uno, por cierto, muy importante: comer y beber por su cuenta, cosa que Patxi (salvo cortar la carne con cuchillo) puede hacer ya, como me fue dado comprobar al día siguiente en un restaurante de La Barranca. Y puede serlo así mismo en otro sentido que se presenta como meta preferente de la terapia: que él logre deambular al menos en el interior de su domicilio. El primer paso, levantarse solo de la silla, lo tiene dado.

Del tiempo y la constancia dependerán también el mayor o menor grado de éxito en la rehabilitación. Fijar un horizonte de esperanza en medicina, y más tratándose de lesiones neurológicas, es aventurado. En tal sentido, no hay otra certeza que las recuperaciones que se van obteniendo con el trabajo de cada día. Convie-

ne, pues, guardar la cautela, sobre todo cuando existe afectación del sistema nervioso central, y evitar a toda costa adentrarse en los resbaladizos terrenos de las ilusiones y las expectativas. “El mundo de la neurología”, concluye la doctora Casado, “es imprevisible”.

ESE mismo día caluroso de septiembre, por la tarde, asisto a una reunión del equipo neurorrehabilitador prevista para intercambiar información sobre el estado evolutivo de Patxi Vicuña y concertar los pasos siguientes de su tratamiento. En torno a la mesa se reparten el doctor Murie, la doctora Casado, dos fisioterapeutas y Ana Pérez, la logopeda. Averiguo lo primero de todo que en este verano de 2013 se acordó dispensar a Patxi durante un mes y medio de las sesiones de rehabilitación (no así de las de logoterapia), lo uno para que el hombre dispusiera de más tiempo para disfrutar de las vacaciones con sus hijos, lo otro para comprobar en qué medida podía afectar a su espasticidad y capacidad motora la suspensión temporal del tratamiento.

Tras el verano, Patxi reanudó la rehabilitación atendido por una nueva fisioterapeuta, Tania Iriarte. El primer día, la doctora Casado

constata una leve regresión en la respuesta motora, a tal punto que Patxi se inestabiliza precisando de una sujeción rápida y firme para evitar la caída en el curso de una tentativa por mantenerlo de pie. No es descartable que Patxi sintiera cierta inseguridad al echar en falta a Sandra Iturralde, fisioterapeuta con la que, en el espacio de dos años, había establecido una relación de buen entendimiento y confianza. Por deseo expreso de Patxi se hace constar en esta historia la enorme importancia que ha supuesto para él la ayuda y comprensión recibida de Sandra y, con posterioridad, de Tania, a la que considera una digna sucesora.

Me entero de que durante el verano Patxi no ha permanecido inactivo, sino que ha estado haciendo ejercicios de deambulación en compañía de su amigo y vecino de Zuasti, Joaquín, quien me será presentado al día siguiente. Por él sabré de una risible caída de Patxi cerca de su casa. Como en otras ocasiones, Joaquín sujeta a Patxi y le ayuda a dar cortos y lentos pasos. A fin de ponerle un punto de dificultad al ejerci-

cio, resuelven andar por un suelo de tierra. Patxi no está en condiciones de levantar la pierna izquierda. Así y todo, camina. De vuelta al lugar donde se encuentra la silla de ruedas, zas, su cuerpo da un giro repentino. Joaquín se percata de que no puede sujetar a su amigo; nota que lo pierde, que se le va, que se le está yendo y decide, a fin de amortiguar el golpe, de minimizar el daño, de evitar un desastre, hacer de colchón y caerse con él. La ley de la gravedad cumple su cometido de costumbre; pero, compadecida acaso de la singular pareja, deposita a ambos sin mayores consecuencias en el suelo. Todavía se ríen los dos al recordarlo.

Los asistentes a la reunión de trabajo confirman que la leve regresión sufrida por Patxi durante el verano se ha ido subsanando poco a poco. Así las cosas, sus mayores progresos de los últimos días se han producido, según revela Ana Pérez, en el terreno de la fonación. La cuestión es que Patxi Vicuña tiene una movilidad limitada de la lengua. Por tal motivo no logra articular los fonemas. A fin de paliar dicha li-

mitación, en las últimas sesiones de logoterapia se ha atacado con intensidad el problema, ayudando al paciente a ejercitarse en los movimientos linguales. El empeño, que ya dura dos años, ha conducido a una sensible mejoría que va del tablero de comunicación inicial y de la articulación en mudo a logros efectivos en la fonación.

De víspera, según recuerda la doctora Casado, Patxi se despidió con un “hasta mañana” en muy bajo tono de voz, perfectamente comprensible. Todo un éxito que la doctora no duda en calificar de respuesta favorable, por lo que considera de suma importancia dar ánimos al paciente para que gane confianza en sí mismo y se abra cada vez más a la posibilidad de expresarse en forma hablada.

Patxi asiste a tres sesiones de logoterapia por semana. Se coloca con su silla de ruedas junto a una mesa y lleva a cabo las actividades delante de un espejo. Se le retira el iPad. De este modo, privado de comunicarse por escrito, al paciente no le queda más remedio que concen-

trar su esfuerzo y su atención en los órganos del habla.

Una parte sustancial del tratamiento consiste en rehabilitar la respiración, ya que las inspiraciones breves y superiores de Patxi merman considerablemente su capacidad de voz. Otras actividades comunes, realizadas con asistencia de la logopeda, son la articulación de palabras y frases breves, los movimientos gestuales destinados a combatir la paresia facial, la estimulación vibratoria de los músculos de la cara mediante un cepillo eléctrico de dientes o la estimulación táctil con un pincel, entre otros ejercicios. El espejo permite al paciente la observación directa de sus progresos, al tiempo que le ayuda, en caso necesario, a corregir posibles fallos y deficiencias.

La logopeda no alberga la menor duda de que Patxi fona mucho mejor cuando se encuentra en buen estado de ánimo. A veces las cosas no le salen como él quisiera. Pierde entonces la paciencia, se enfada; pero al fin, recobrada la serenidad, reanuda los intentos y recupera

su expresión habitual risueña. No es Patxi Vicuña (en este punto están todos los presentes de acuerdo) un hombre que tire la toalla. Podrá tener sus malos momentos; pero en ningún instante olvida que si parase la rehabilitación, su evolución sufriría un retroceso.

TRES años después del ictus, Patxi Vicuña ha logrado conferir una estructura regular a su vida diaria, recuperando incluso, a pesar de sus limitaciones físicas, algunos hábitos del pasado. Le pregunto cómo transcurre para él lo que pudiéramos llamar un día normal. Sigue siendo madrugador. A las siete de la mañana ya está fuera de la cama. Una cuidadora lo ayuda a ducharse y le sirve el desayuno. Víctor lo lleva después en coche a la fábrica, a donde dice ir a entretenerse. Por correo electrónico se comunica con conocidos y clientes. Se muestra, no obstante, remiso a que lo visiten, pues le desagrada que lo vean en su estado actual. Las tardes, de cuatro a siete y media, las pasa en la fisio, y luego se reúne con un amigo.

Patxi come de todo y sin apenas ayuda. Lo compruebo a primera hora de la tarde en un restaurante de La Barranca. Al fondo se avistan las escarpadas laderas de la sierra de Aralar; pe-

ro enseguida llegan a la mesa unas lonchas de jamón que quitan las ganas de deleitarse en el paisaje. Patxi pide una copa de vino blanco. La levanta con la mano buena, la derecha, y bebe a sorbos pequeños. Más tarde le sirven un plato de merluza rebozada. Su hermano Marce se la trocea sin pérdida de tiempo. Tanto él como su padre miran atentos cada vez que Patxi se introduce un trozo de pescado en la boca. Razones no les faltan para mantenerse vigilantes. No sería la primera vez que Patxi se atraganta de mala manera. Cuando no es con un cacho de pan, es con una hoja de escarola, me dicen. En cierta ocasión hasta hubo que llamar a la ambulancia. Marce Vicuña recuerda el día en que su hermano, o sea, “este cabrito”, medio ahogado, se sacó del fondo de la boca un trozo de chistorra sin masticar.

A media tarde nos dirigimos al domicilio de Patxi en Zuasti. La casa ha sido habilitada para que él pueda desenvolverse lo más cómodamente posible en la planta baja. Fue su hermana quien supervisó las obras. Se llevaron a

cabo modificaciones en el cuarto de baño y se construyó un añadido que hoy es el dormitorio de Patxi. En su centro, adosada a la pared por la cabecera, está la cama, provista de un bastidor en uno de los costados. Veo así mismo, olvidada en un rincón como el arpa del célebre poema de Bécquer, una silla eléctrica de ruedas. Patxi la detesta y, en consecuencia, no la usa. La razón es que un día no la pudo gobernar. Como consecuencia de ello, chocó de frente contra un mueble. Nunca más.

Por la ventana del salón se ve el jardín, que es de trazado simple. En un costado, al amparo de un alto seto, se solea Bimba, sobre la que Patxi ya me había referido pormenores por la mañana. Bimba es una hembra joven de Labrador. No sin una punta de orgullo, Patxi escribe en el iPad que la perra es muy maja, pero sólo con él. El animal representa para Patxi tanto una compañía fiel como una fuente de alegría y juego. En cuanto lo ve llegar, corre a su encuentro y lo “ducha” a lengüetazos. La califica, dejándose llevar por uno de sus típicos rasgos humorísticos, de

“dolor de cabeza”; pero ya más serio añade que, cuando están juntos, Bimba lo dispensa de pensar en otra cosa que no sea ella.

Al rato entran en la casa los hijos de Patxi: Lucas, de 14 años, y Arrate, de 11. Por ese orden se acercan a su padre, sentado en la silla de ruedas, y le estampan un beso en la cara. Han venido a aportarme datos para esta historia o, por así decir, a ser ellos también, durante unos minutos, Patxi. Se conoce que Lucas estuvo de víspera en la peluquería. Su padre le hace un gesto aprobatorio con el pulgar hacia arriba. El pelo corto del muchacho deja al descubierto una larga línea blanca en el cuero cabelludo, recuerdo de un grave accidente de bicicleta, con fractura de cráneo, ocurrido siete años atrás. Lucas permaneció ingresado un tiempo en la UVI de la Clínica Universidad de Navarra. Afirma que haber pasado por dicho trance le dio fuerzas para visitar a su padre cuando a este le iba tan mal y él sabía que se podía morir, por más que su madre les daba a los dos hijos esperanzas a fin de no asustarlos.

Por entonces, los niños estuvieron alojados un tiempo en casa de sus abuelos. Hoy viven con la madre. No es esta la situación ideal para Patxi, de quien un día antes oí decir en la Clínica que mataría por sus hijos. A tal punto los quiere. Patxi es consciente de que los pequeños lo han pasado mal. Escribe en su iPad, con ánimo premonitorio, que no tiene duda de que algún día entenderán lo que tal vez ahora, por ser demasiado jóvenes, no entienden. “El tiempo dará o quitará razones”, concluye. En ocasiones sus hijos lo acompañan a la rehabilitación e incluso lo asisten en algunos ejercicios. Huelga decir que Patxi vive pendiente de que no les falte de nada.

A todo esto, se abre la puerta de la calle y empieza a entrar gente. Llegan Susana y Joaquín con sus tres hijos. Son vecinos. Y más que vecinos, amigos. Y más que vecinos, parte entrañable y familiar de Patxi, quien días después, por correo electrónico, me sugiere que en esta historia les dé trato de familia. Conste, pues, aquí.

Y con ellos viene también otro amigo, Ramón, gerente de una fábrica de caramelos. Mano a mano se ponen los tres adultos a contarme anécdotas, episodios, chismes, para esta historia. Amablemente vuelcan a mis pies el saco de sus recuerdos, no pocos de ellos, por cierto, jocosos. Tengo la impresión de que el conjunto daría para un libro. Yo he ido anotando algunos que revelan a un hombre, Patxi, esencialmente positivo, fiel en la amistad, exigente. Me cuentan que hubo un tiempo, durante su estancia en el hospital, en que se comunicaba moviendo un pie. O que, en vista de las frecuentes y no del todo silenciosas visitas que recibía, el personal médico habilitó un espacio especial para Patxi, de manera que el resto de los pacientes no se sintiera incordiado. O que, por tenerlo entretenido, ponían a Patxi música que en realidad le causaba molestias.

A modo de conclusión, Joaquín toma la palabra para definir a Patxi como un hombre que no se conforma con sobrevivir, que lo que quiere es vivir. Con ese propósito se afana a diario.

Todas las personas con las que me he entrevistado resaltan su espíritu luchador. La última palabra, sin embargo, la pone Arrate. La niña considera que su padre ahora es más majo.

—¿Y eso?

—Es que ya no riñe.

Idéntica sonrisa se dibuja en la cara de todos los presentes.

Historia clínica

Francisco Javier Vicuña sufrió el día 8 de octubre de 2010, a los 45 años, un ictus isquémico por estenosis crítica de porción distal del tronco basilar, que se manifestó clínicamente como un Síndrome de Cautiverio, precisando intubación orotraqueal y ventilación mecánica. En la fase aguda fue tratado en el Hospital de Navarra y posteriormente se trasladó al Institut Guttmann de Badalona. Acudió a la Clínica Universidad de Navarra el 13 de junio de 2011 presentando una afasia motora importante (se comunica mediante un tablero en el que indica las letras), siendo portador de gastrostomía para alimentarse y con una tetraparesia espástica de claro predominio izquierdo. En el momento de la valoración se decidió continuar el tratamiento neurorrehabilitador intensivo, individual y multidisciplinar, encaminado a conseguir una deambulación autónoma, una alimentación

oral y una mayor fonación. En este tiempo de tratamiento se ha conseguido una alimentación oral prácticamente normalizada, una marcha segura para las distancias cortas con un punto de apoyo y una comunicación mediante un sistema de comunicación digital, apreciándose también una mejoría en la articulación y fonación pero que, de momento, no le permite autonomía en ese sentido.

Sobre la colección

Toda la labor asistencial, docente e investigadora que se lleva a cabo en la **Clínica de la Universidad de Navarra** se centra en el paciente. Esta colección no pretende ser una recopilación de casos médicos sino un homenaje, a través de sus historias, a las personas que sufren la enfermedad y que, paradójicamente, sacan gracias a ella lo mejor de sí mismas.

Colección Historias de la Clínica

Títulos publicados

- | | |
|---------------------------------|------|
| 1. La pierna de Peter Parker | 2007 |
| Juan Manuel de Prada | |
| 2. El clarinetista agradecido | 2008 |
| Soledad Puértolas | |
| 3. Noticias de la nieve | 2009 |
| Gustavo Martín Garzo | |
| 4. La batalla de todos los días | 2010 |
| José María Merino | |
| 5. Canto a la vida | 2011 |
| Mercedes Salisachs | |
| 6. Todo suena | 2012 |
| Lorenzo Silva | |
| 7. Somos Patxi | 2013 |
| Fernando Aramburu | |



Clínica
Universidad
de Navarra

www.cun.es

historiasdelacun.es